

---

## El despertar de un sueño (la cultura en este cuarto de siglo)

CÉSAR ALONSO DE LOS RÍOS\*

**L**A revista internacional *Autodafé*, que tiene su base en Nueva York, ha dedicado un número especial a los peligros que amenazan hoy la literatura y el pensamiento en el mundo, a las nuevas formas de censura y propaganda y también a los movimientos de resistencia cultural. «En diez años –escribe el director de la publicación– han cambiado radicalmente las condiciones en las que se ejerce la libertad creativa y el pensamiento. Más allá de las agresiones oscurantistas que golpean a los creadores en los países musulmanes, el espacio cultural que está a punto de constituirse en esta hora de la mundialización está produciendo los efectos de censura más poderosos».

Entre los escritores que dan testimonio en este informe mundial cabe citar al egipcio Naguib Mafuz, al colombiano Álvaro Mutis, al montenegrino Stanko Cerovic, al mexicano Carlos Fuentes, al kurdo Mehemmed Uzun, al ruso Viktor Pelevine, al español Vila-Matas... Y ¿se dice algo en este número de *Autodafé* acerca de las condiciones en las que se produce la creación en España y más concretamente en el País Vasco? Por lo que se ve, para los responsables de esta revista la dictadura que ejercen conjuntamente el nacionalismo etnicista y xenófobo del PNV y el terrorismo etarra no merecía un informe. Por supuesto, ¿cómo iban a importarle a la publicación los mecanismos clientelares en la cultura catalana, las diversas formas de sofocamiento social con el que se acallan las voces críticas o los instrumentos de manipulación a través de los medios de comunicación masiva? Ambiciosa en sus propósitos, *Autodafé* no da cuenta siquiera de los asesinatos a escritores y otras formas de violen-

---

\* Escritor y periodista. Su último libro publicado es *La izquierda y la nación*.

cia. ¿Piensa acaso la dirección de *Autodafé* que ETA y los nacionalistas vascos son unos «libertadores» de su pueblo? Es verdad que fuera de España no se conoce bien la estructura autonómica española y, por tanto, que los movimientos nacionalistas cuentan con gobiernos regionales, que, en definitiva, son poder también. El hecho es que una publicación como ésta debería tener algún material sobre los asaltos a los que están siendo sometidos creadores, pensadores, comunicadores... y que precisamente por esa razón han tenido que agruparse en movimientos resistenciales como el Foro de Ermua y Basta Ya y que curiosamente son los defensores de la España oficial. En sus páginas no se cuenta que decenas de escritores, periodistas y artistas se ven obligados a llevar escolta para defenderse del Terror vinculado al nacionalismo vasco; ni que ETA ha asesinado a escritores como José Luis López de la Calle y Ernest Lluch e intentó a asesinar al profesor José Ramón Recalde, cuya librería ha sido destruida en tres ocasiones, al igual que la farmacia del novelista donostiarra Raúl Guerra Garrido; ni que ha atentado repetidas veces contra la casa y la obra del pintor Ibarrola... Tampoco se informa del extrañamiento que, a lo largo de estos últimos años, han sufrido en Cataluña doce mil profesores de lengua, geografía y literatura española que se han visto obligados a emigrar a otras regiones; ni de la reducción al silencio mediante la violencia de intelectuales en la propia Universidad de Barcelona; ni del allanamiento de un derecho fundamental de una parte de la población infantil como es la posibilidad de elegir la enseñanza en la lengua materna —el castellano—; ni de la utilización de las lenguas vernáculas en el País Vasco y en Cataluña como instrumentos de selección étnica y cultural... La estrategia xenófoba y etnicista de los nacionalistas no se limita al campo de la educación ni de lo que podemos llamar alta cultura (literatura, lingüística, artes plásticas, pensamiento...) sino que alcanza a formas de comunicación como los cómics. Así el diario *Avui*, de la Generalitat catalana, ha venido publicando una historia gráfica cuyo argumento era la conquista de Cataluña por invasores «españoles», los «hispanators»... El sustituto de éste no es menos xenófobo: la acción consiste en el robo de los documentos catalanes relativos a la Guerra Civil que se guardan en el archivo de Salamanca.

La relación de amenazas, atentados, persecuciones de un tipo o de otro habría consumido una buena parte de las páginas de este número

extraordinario de *Autodafé* dedicado a la emergencia de nuevos peligros para la libertad de expresión y creación en España. Pero ¿por qué escandalizarnos de los olvidos de esta revista neoyorquina a la hora de hacer un informe mundial sobre las nuevas formas de oscurantismo cuando son los propios españoles, fundamentalmente de izquierdas, los primeros en no valorarlo? Todo esto lo conocen bien Carlos Fuentes y Álvaro Mutis, premios Cervantes y Príncipe de Asturias... y colaboradores de *Autodafé*. Por supuesto Vila-Matas. La verdad es que es difícil de comprender que escritores como éstos puedan hablar de constreñimiento de la libertad de expresión en relación con la defensa de la paz en Irak cuando el pensamiento dominante en España, el políticamente correcto ha sido el pacifismo.

No podría cerrar esta cuestión sin hacer una referencia directa al silencio culpable de los intelectuales y creadores ante la peste oscurantista de los nacionalismos. La celebración de la última edición del Festival de cine de San Sebastián de espaldas a las víctimas de ETA es un paso adelante en su colaboracionismo indirecto con el Terror. La película de Julio Medem –*La pelota vasca. La piel contra la piedra*– es una apuesta por el nacionalismo etnicista y la condena de las víctimas del Terror.

#### DEMOCRACIA Y CREACIÓN

Pero, dejando a un lado los problemas culturales que está creando en la última década el oscurantismo nacionalista, voy a intentar responder a la cuestión, verdaderamente espinosa, sobre las relaciones entre el sistema democrático y la cultura. Es ésta una cuestión que –debemos reconocerlo– no se plantean los historiadores de la literatura o del arte o del pensamiento sino los sociólogos, los periodistas, los políticos. La razón es clara. Estos últimos profesionales están más interesados en la defensa de la libertad de expresión –que depende de forma directa de las instituciones y del sistema jurídico– que los críticos y los propios creadores, más preocupados por los problemas de la creación.

Si el advenimiento del sistema democrático supuso el fin definitivo de la censura, no trajo la explosión creativa que se había venido pronosticando durante años. Se había pensado –y se había escrito– que el final

de la dictadura abriría una etapa de esplendor cultural. Como si se pudiera establecer una relación mecánica entre la creatividad y los sistemas de organización social y política.

Por otra parte, resulta imposible hablar de fronteras entre la dictadura y la democracia a no ser que convengamos en que la aprobación de la Constitución fue el final de aquélla y el comienzo de ésta. En términos realistas, la dilución de los mecanismos de control propios de un sistema autoritario se llevó a cabo a lo largo de un proceso, largo e irregular, en dientes de sierra desde el punto de vista de la permisividad o la cerrazón. Por lo que se refiere a las condiciones que pudieron afectar a la creatividad, el proceso de liberalización del régimen comenzó mucho antes y ni siquiera se puede predicar lo mismo para todas las formas de expresión. La censura no afecta del mismo modo a la poesía y las artes plásticas que a la novela, el teatro y el ensayo. Por todo ello resultaba especialmente absurdo que se pudiera pensar en una frontera decisiva para la creación.

Hay más. A estas alturas no podemos asegurar que este cuarto de siglo último haya sido más fecundo desde el punto de vista creativo que el que va desde 1945 a 1972. En alguna ocasión –en una «tercera» de *ABC* concretamente– me arriesgué a comparar ambos periodos desde este punto de vista y pude llegar a la conclusión de que no salía mejorada la democracia. ¿Habría por ello que reconciliarse con la censura?

Digo simplemente que la transición no dio paso a la excelencia cultural. Un análisis objetivo no nos permite decir que en estos veinticinco últimos años la contribución de los creadores españoles haya sido superior a la que nos dieron en la época anterior Antoni Tàpies, Pablo Serrano, Antonio Saura, Palazuelo, Antonio López, Eduardo Arroyo, Buero Vallejo, Mihura, Cela, Delibes, Torrente Ballester, Blas de Otero, José Hierro, Gil de Biedma, Carlos Barral, Claudio Rodríguez, Zubiri, Aranguren, Marías, Laín Entralgo, Díez del Corral, Halfter, De Pablo, Bardem, Berlanga, Carlos Saura.

Ya durante el franquismo Torrente Ballester y Julián Marías habían hecho recuentos con los que habían intentado demostrar que el régimen no había sido un yermo cultural. Sí se habían quedado en España Menéndez Pidal, García Morente, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Manuel Machado, Azorín, Baroja, Pérez de Ayala, Eugenio D'Ors... Ortega y

Gasset había vuelto del exilio, y los componentes de la generación del 36 seguían con fervor la polémica entre Sánchez Albornoz (el «enigma histórico») y Américo Castro (la «realidad histórica de España»). Este último se hospedaba con discreción en el hotel Fénix de Madrid mientras Francisco Ayala entraba de puntillas y Alejandro Casona estrenaba en los teatros de Madrid.

Es verdad que Torrente Ballester quiso rebajar los efectos del exilio con el mismo entusiasmo propagandístico con el que había castigado a los creadores «republicanos» en su beligerante Panorama de la Literatura española entre 1898 y 1940. Marías fue siempre más equilibrado, pero no por ello dejó de valorar en alto grado la producción cultural de los años cincuenta y sesenta. En todo caso, ninguno dejó de considerar nefasto el sistema de censura, el aislamiento cultural, la fractura con el pasado y el retraso con el que se seguían las corrientes del pensamiento mundial y las vanguardias en los años cuarenta y cincuenta. Pero siendo todo esto así, las libertades no iban a traer de forma automática la excelencia, como señalé antes.

Lo que está por estudiar, lo que todavía no hemos analizado de forma suficiente, es la deformación colectiva que provocó la introducción irregular, acrítica, casi autodidacta, de una información que fuera de España era objeto de crítica, de confrontación, de estudio sistemático. Se produjo una indigestión cultural y, de este modo, creció el monstruo progresista del que algunos hemos debido curarnos no sin gran esfuerzo. Pero si era patética la aceptación entusiasta de todo lo que podía suponer novedad, no lo era menos el rechazo, el desprecio, de nuestra propia tradición cultural. Porque en la España del siglo veinte ha habido dos fracturas. Una correspondió a la guerra civil y al exilio; de la otra fue protagonista la izquierda y consistió en una ruptura con las tradiciones culturales españolas, incluidas las liberales. Con este equipamiento íbamos a llegar al establecimiento de las libertades. Y se produjo algo muy nefasto para la creación, para las posibilidades de un pensamiento auténtico. Me refiero a la desmemoria que se apoderó de la izquierda cultural. Un pacto de olvidos que iba a tener mucho mayor calado que los Pactos económicos y sociales de la Moncloa. Compañero de la desmemoria se dio un desinterés por la propia realidad española. Nadie quiere enfrentarse al pasado y a las responsabilidades por ese pasado. Se aceptan unas

convenciones sobre la resistencia al franquismo. Nadie quiere profundizar, por ejemplo, en el hecho de que los pioneros de la democracia habían sido en su inmensa mayoría franquistas de primera hora, teóricos incluso del especial fascismo español: Ridruejo, Laín, Tovar, Torrente Ballester, Ruiz Giménez, Areilza... «los abajo firmantes», los autores de los manifiestos antifranquistas. Así que se renunció a algo que habría sido decisivo para la emergencia de una cultura nueva y crítica. Por el contrario, se mantuvieron de forma acrítica todos los tics, los tópicos, las convenciones que habían valido de forma instrumental para la crítica del franquismo. El pensamiento español no vino a aportar nada nuevo sino la solidaridad que proporciona la ley del silencio. La creación literaria no es capaz, a pesar de la desaparición de la censura, de pasear el espejo por el drama que ha vivido España en el último siglo. Todo el mundo se contenta con el premio colectivo del sistema democrático, y, por seguir con las actitudes descomprometidas que habían abundado tanto durante la dictadura, los creadores, los pensadores, los intelectuales se agrupan en torno a núcleos de poder político-mediáticos con la consiguiente dimisión de su capacidad crítica. Pero esto nos llevaría muy lejos...

#### LA DIFUSIÓN DE LA CULTURA

El éxito cultural de la democracia es el de la difusión de la cultura; y no solamente pasiva, propia de espectadores, sino en la implicación de miles de ciudadanos en la actividad cultural. Lo que se da con la democracia es una explosión, primero, de la participación y el consumo de bienes culturales, la toma de la calle, la invasión de los museos... Ya con UCD, pero sobre todo con los socialistas en el poder y con la renovación de los ayuntamientos, se ponen en marcha planes que implican toda una renovación de las infraestructuras culturales: creación de una red de auditorios en toda España... y de orquestas; renovación de viejos teatros y apoyos a las compañías; apertura de bibliotecas; creación de nuevos museos y un auténtico fervor de exposiciones; multiplicación de festivales de cine, de jazz, de flamenco, de ópera, de teatro, de fotografía. Puede hablarse de un verdadero activismo cultural a partir de los años setenta.

Y se da un hecho que viene a resumir esta nueva sensibilidad: la reconquista de los barrios históricos, de los centros de las ciudades y los pueblos. La recuperación del patrimonio monumental y su integración en la vida cotidiana ha sido uno de los grandes triunfos del sistema democrático. La calle se pone en sintonía con la nueva sensibilidad de los ciudadanos, especialmente los jóvenes. Hay una recuperación, al tiempo, de las señas de identidad de las ciudades. Hay una reconciliación con la urbe. Por fin hay un espacio «de» la cultura, «de» la historia y «de» los ciudadanos.

El lector podrá poner nombres, de acuerdo con sus vivencias, a esta inmensa red de bienes culturales de la que no quiero dar ejemplos ya que sería un ejercicio de reduccionismo que con toda razón podría ser tildado de injusto o insuficiente o parcial. El fortalecimiento de los hábitos culturales, el surgimiento de algunos, no ha sido de todas maneras uniforme. Las investigaciones sobre los hábitos de lectura son desesperantes y remiten a causas tan radicales como el fracaso de la educación.

En general, podemos decir que la iniciativa pública ha acertado en las políticas culturales mientras no puede decirse lo mismo de la privada. El cine es el caso típico de una industria que sigue reclamando la subvención del Estado por su propia incapacidad para mantenerse de una forma discreta en un mercado tan difícil. La revuelta de las gentes del cine tiene que ver con esta contradicción entre la necesidad de dependencia del Estado —ahora del gobierno del PP— y la incapacidad para una cierta autonomía. Las sucesivas legislaciones, desde Pilar Miró a hoy (con participación siempre de las gentes del cine) no han conseguido encontrar una fórmula salvadora. El único recurso seguro es la degradación del producto, la supuesta adaptación a los gustos más primarios del público. La receta, en definitiva, de las televisiones.

La dictadura de la basura televisiva cierra por ahora la crónica de una renovación cultural, una revolución casi, con la que soñó una buena parte de nuestra sociedad hace un cuarto de siglo.